

A los presbíteros, personas de la vida consagrada y laicos-as de la Diócesis de Huehuetenango

1. En lo más recio de la tormenta provocada por el coronavirus quedamos a la deriva, pero nos anima aquella escena del Evangelio cuando Jesús, atravesando el lago de Galilea se dirige “a la otra orilla” y se acerca a la barca sacudida por la tormenta y entre los “gritos de miedo” los discípulos en medio de la noche tiemblan, y él les dice: “Animo, soy yo, no tengan miedo”, suscitando en ellos confianza y esperanza. (Mateo 14, 22-28).

2. Deseo que esta página del Evangelio ponga en nuestro espíritu la fortaleza y sabiduría necesarias para vivir este tiempo como oportunidad para despertar y escuchar el grito de los más vulnerables y las víctimas de la pandemia, de la injusticia, y de la Madre Tierra tan gravemente enferma.

Al mismo tiempo seguir juntos en el camino de comunión, solidaridad y fraternidad al servicio de la misión, al estilo de Jesús: para llevar esperanza, confianza y fortaleza a quienes lo necesiten,

3. Después de más de cuatro meses que la Covid-19 se detectó en el país, con las recientes disposiciones del Gobierno hemos entrado ahora en una nueva fase, más peligrosa que la primera por el incremento de contagios y fallecimientos.

La esperanza que Huehuetenango no sería tan gravemente afectado hizo retrasar algunas disposiciones. Aún en el plano pastoral.

Ahora, delante de un aumento de contagios en todo el departamento, es más evidente que los más pobres quedaron sin protección eficiente y adecuada de parte del Estado, pues no se han atendido los requerimientos de dotar de los insumos necesarios a los hospitales; de otorgar al personal de salud, que atiende directamente a los enfermos la adecuada protección; tampoco se ha ampliado el personal médico y de enfermería ni el número de camas y equipo médico disponibles para la atención de los enfermos. Se percibe en las autoridades responsables una preocupación de responder a las exigencias de los sectores económicos y no tanto cumplir con la obligación de atender a la salud del pueblo.

4. Ante esta situación de vulnerabilidad que afronta la población vemos un peor horizonte al haber abierto el país cuando la curva de contagios aún no desciende. El tiempo que ha transcurrido durante estos meses ha provocado cansancio y desánimo en la población y no es claro ella que haya tomado conciencia del enorme peligro que enfrenta, porque la información no ha sido clara ni contundente y genera confusión y desconfianza –por ejemplo: a la fecha la población no sabe con veracidad cuántos enfermos activos, recuperados y fallecidos existen en cada municipio, lo que pone en duda la eficiencia y el impacto de un plan para atender la emergencia y la capacidad para ejecutar el presupuesto asignado.

Hemos entrado en una nueva fase y las pruebas no son suficientes para definir el número de casos existentes y, peor todavía, los resultados de los exámenes que se hacen, no llegan con la prontitud necesaria.

5. Por esto y desde la fe que profesamos en el Dios de la vida, considero, después de reunirme virtualmente con el Consejo Pastoral Diocesano, que es irresponsable, inconveniente e inadecuado, en este momento, abrir los templos para las celebraciones litúrgicas.

Nos mueve la preocupación pastoral al estilo de Jesús que, movido por la compasión, cuida de la vida y la salud de la gente curando a todos (Cf. Mateo 14, 14).

Nuestro interés siempre será la vida digna de la persona y una economía al servicio de las necesidades vitales de la comunidad y no el lucro. Además, es necesario prepararnos junto a nuestras comunidades para seguir los protocolos establecidos por la Conferencia Episcopal de Guatemala y el Ministerio de Salud.

Dichos protocolos no han sido todavía publicados oficialmente por la Conferencia Episcopal, aunque en reuniones virtuales se ha insistido en que cada Diócesis y Vicariato Apostólico tiene características propias de acuerdo a las cuales, el Obispo y el Presbiterio deberán tomar las mejores decisiones.

En este aspecto, después de una reunión con el presbiterio y otra con el Consejo de Pastoral, sostenidas en esta semana, he tomado la decisión de comunicarles lo anteriormente señalado, es decir,

durante todo el mes de agosto nuestros templos deberán estar cerrados y no se hará ninguna celebración religiosa comunitaria presencial de cualquier tipo: bautismos, matrimonios, Eucaristías. Si la situación cambia, en el mes de septiembre comenzaremos a aplicar el Protocolo aprobado por la Conferencia Episcopal para las celebraciones sacramentales. Asimismo, pido a los animadores de la fe no organizar encuentros comunitarios de celebración de la Palabra de Dios. Hagámoslos, pero en el núcleo familiar.

6. Este es un tiempo que, a nosotros, como pastores, se nos exige imaginación y creatividad, para contribuir a mantener la esperanza y la vida de fe de nuestros fieles.

7. Hoy más que nunca los discípulos misioneros, desde el más pequeño hasta el más anciano, hombres y mujeres, nos sentimos llamados a ser testigos de la fe, entendida como confianza en Dios, testigos de esperanza en medio del dolor y la tragedia que nos embarga; y testigos del amor al prójimo capaces de superar las barreras de la indiferencia y de la discriminación. Seguros, como lo hemos hecho en nuestra iglesia doméstica (nuestra familia en casa) durante estos meses, nutriéndonos de la lectura y meditación de la Palabra de Dios, esperamos el momento oportuno para compartir nuestras celebraciones litúrgicas en un clima festivo, creativo y de fraternidad.

8. Providencialmente ha llegado la hora de fortalecer la experiencia eclesial desde la familia, “célula inicial de estructuración eclesial y foco de fe y evangelización”¹. Es desde aquí, donde queremos partir en este proceso de desescalada que nos llevará no solo a una “nueva normalidad” sino a una “normalidad diferente” en lo social y eclesial, para descubrir y potenciar nuevos liderazgos e impulsar nuestro Proyecto Pastoral Hacia una Vida Plena que no ha perdido actualidad.

9. Los invito a estar pendientes del curso que toma la pandemia en nuestro país, en nuestras parroquias y comunidades, al mismo tiempo que les pido asumir con responsabilidad este momento tan

difícil y de tanto riesgo que vivimos. Por el momento he pedido a varios hermanos sacerdotes el favor de preparar los materiales necesarios para seguir, aunque sea a nivel de las familias, la realización de nuestro Plan de Pastoral Diocesano.

Les invito a seguir utilizando los medios de comunicación social para la transmisión de las Eucaristías, sea en el día domingo o durante la semana, desde la sede parroquial.

10. Hermanos y hermanas, su testimonio de perseverancia y fidelidad en los caminos de Dios nos alientan en la misión que hemos recibido, y con el Papa Francisco les decimos: “El peligro de contagio de un virus debe enseñarnos otro tipo de 'contagio', el del amor, que se transmite de corazón a corazón”².

11. También nosotros, estamos “agradecidos por los muchos signos de disponibilidad a la ayuda espontánea y de compromiso heroico del personal de salud, de los médicos y de los sacerdotes. En estas semanas hemos sentido la fuerza que provenía de la fe”³.

12. Nos confiamos a la intercesión de la Virgen María Nuestra Señora en el misterio de su Inmaculada Concepción y del Beato Santiago Miller.

Desde ya agradezco su obediencia a estas disposiciones,

Alvaro cardenal Ramazzini

Obispo de Huehuetenango.

Agosto 1 del año 2020
